

LA CASA DE VECINDAD

Sainete

SEGUNDA PARTE

PERSONAS

DON SIMEÓN, casero.	DON CIRILO, abate y cantor.
DOÑA BLASA, su mujer.	LORA, criada de doña Eusebia.
TADEO, manco, cojo y mendigo.	DOMINGO, aguador.
CURRA, maja.	UN CIRUJANO.
PEPE, su marido.	UN JUEZ.
DOÑA EUSEBIA.	UN CABO DE BARRIO.
DOÑA MARÍA, mojugata.	ALGUACILES.
DON ALBERTO, curtutaco.	DISFRAZADOS.

(La escena es un patio con brocal y varias puertas numeradas. Se levanta el telón, y aparecen: DON CIRILO, en mangas de camisa, sentado a la puerta de su cuarto, con la guitarra, cantando unas boleras; DOMINGO, llenando un barril de agua; DOÑA MARÍA, sentada, leyendo en un libro; CURRA y LORA en pie, delante de don CIRILO, oyéndole cantar)

CIRILO. (Canta.)

Celos e ingratitudes,
Filis, suspiro,
y aun el labio en la queja
no encuentra alivio.

Porque recelo
que mis quejas aumenten,
Filis, tu tedio.

TODOS. ¡Viva, viva! (Palmoteando.)

CURRA. Don Cirilo,
vaya otra cobla.

CIRILO. No puedo,
porque tengo que ensayar
un miserere. (Se entra en su cuarto.)

CURRA. Gallego;
el agua de esta semana,
que la necesito.

DOMINGO. Presto
será su merced servida.
(*Se va con el barril.*)

(*Sale DOÑA EUSEBIA a la puerta de su casa*)

EUSEBIA. ¡Lora!

LORA. ¡Señora!

EUSEBIA. ¿Qué es esto?

¿No oyes que te llamo?

LORA. Estaba...

EUSEBIA. Ya te he dicho que no quiero
platillos con las vecinas.

LORA. Está bien.

EUSEBIA. Éntrate dentro.

(*Se entra en su cuarto.*)

CURRA. ¡Habrá trapo semejante!

quien la viere echar regüeldos

de señora, no creerá

que en dos palmos de terreno

tiene el tocador, la cama

y el fogón. ¡Qué mueble!

MARÍA. *Oremus:*

Misericordiam tuarum...

CURRA. Éste es otro clamoreo.

¡La santita! Y se le van

los ojos tras un mozuelo.

(*Éntrase en su cuarto.*)

MARÍA. ... Y *sæculorum*. Amén.

Ya he concluido mi rezo.

(*Sale de su cuarto DON CIRILO, con casaca
y sombrero de abate*)

CIRILO. Mariquita, ¿quiere usted
componerme el coletero?

MARÍA. Siéntese usted; que aunque el tacto
es el más fiero veneno
de la castidad, por ser
cantor de iglesia, me atrevo
a peinarlo.

CIRILO. Ese recato
vale más que mil saleros.

MARÍA. No sea usted malo. ¡Qué bien
cantó usted en San Lorenzo
el miserere!

CIRILO. Es verdad
que triné como un jilguero.

MARÍA. Lo hubiera chillado a usted.
CIRILO. ¿Se acuerda usted del gorjeo
que hice yo sobre el *pecavit*?
MARÍA. Pues ya se ve que me acuerdo.
Como que quisiera oírle
pecavi cada momento.

(Sale DON SIMEÓN, de la calle)

SIMEÓN. ¿Qué tal anda la casilla?
¡Miren qué cuadro! No hay medio
de separar los calzones
de las naguas; es empeño
sumamente superior
a las fuerzas de un casero,
porque, en volviendo la espalda,
anda el ganado revuelto.

(Sale TADEO, pobre mendigo, manco y cojo)

TADEO. ¡Alabado sea Dios!

SIMEÓN. ¿Qué es esto, señor Tadeo?
¿Cómo desampara usted
por la mañana su puesto?

TADEO. Hoy me duele la cabeza.

SIMEÓN. Quien tiene el riñón cubierto
hace muy bien de cuidarse.
Ya se ve; si en este pueblo
no hay mayorazgo más pingüe
que tener un miembro menos.

TADEO. Hoy, amigo, no produce
cosa mayor. Yo me acuerdo
cuando el comercio gastaba
birrete blanco y sombrero
de canoa, y se traía
de la América el dinero
en botijas, que había pobre
que recogía tres pesos
sólo en motas de a dos cuartos
pero aquél era otro tiempo.

MARÍA. ¿Está bien?

CIRILO. Muy buena está.

¡Viva usted mil años! (*Vase corriendo.*)

MARÍA. Vuelvo
a rezar mis devociones.

SIMEÓN. Señá beata; juguemos
limpio. Mire que el cantor

no es tiple; cuenta con eso,
 no se le pegue a las manos
 la grasa del coletero
 y se vaya usté a lavar
 a los profundos infiernos,
 porque esos malos olores
 en casa no los consiento.

MARÍA. Perdón, mi Dios, que he causado
 un escándalo. Prometo
 no volver más a pecar.

TADEO. Sentarme un ratito quiero.
 ¡Cómo me duele esta pierna!
 Hoy me han mordido dos perros,
 porque en muchas casas tienen
 mastines, con el empleo
 de despedir a los pobres,
 y lo cumplen con empeño.

BLASA. (*Saliendo.*) Ven a almorzar, Simeón.
 SIMEÓN. Allá voy.

(*Sale LORA con plato tapado*)

LORA. Señor casero;
 de parte de mi señora,
 que ustedes se coman esto.

SIMEÓN. Dile a tu ama que estimo
 la expresioncita; que luego
 le mandaré el plato.

LORA. Bien. (*Vase.*)

BLASA. ¿A ver qué es?

SIMEÓN. (*Destapando.*) Lomo de puerco.

BLASA. ¡Ay, qué bien huele el adobo!

SIMEÓN. Esta mujer, aunque es cierto
 que tiene a mesa y mantel
 un currutaco, a lo menos
 se nos muestra agradecida.

BLASA. A fe que ni un caramelo
 nos ha dado la Currilla,
 siendo así que el estafermo
 de su compadre no cesa
 de estar entrando y saliendo.

SIMEÓN. ¡Ya! Pero ¡qué diferencia
 hay de sujeto a sujeto!
 La gallota de la Curra
 es mujer de un zapatero;
 y doña Eusebia, ¡no es nada!,
 es viuda de un Sargento

Mayor, que murió en la guerra,
de dolores flatulentos.

BLASA. Vamos, hijo, que estará
el chocolate hecho un hielo. (*Entrase.*)

TADEO. Mire usted, señá María;
porque estaba aquí el casero
no le di con la muleta
al monigote.

MARÍA. ¿Qué exceso
he cometido? El Señor
le dé buenos pensamientos.

TADEO. Hablemos claro; yo gano
en mi facultad dos pesos
cada día. ¿Quiere usted
casarse conmigo?

MARÍA. Presto
tenemos hijos que alaben
al Señor de tierra y cielo.

TADEO. Pues cuidado, que no gusto
que le haga usted el coletero
al cantor.

MARÍA. Si usted no quiere,
no le tocaré al cabello.

(*Sale DON ALBERTO, de currutaco*)

ALBERTO. (*Cantando.*) Larán, larán...

TADEO. Señorito;
duélase usted, por San Pedro,
de este pobre, que ha seis días
que no recibe en su cuerpo
cosa caliente. Socorra
mi miseria; así los cielos
lo libren de un acreedor
montañés, del manoseo
de un albéitar, de prestar
a sevillanos dineros...

ALBERTO. No tengo suelto; perdone.

SIMEÓN. (*Saliendo.*) ¿Quién grita?... Pero ¡qué veo!
Señor don Juan soy de usted;
beso su mano; allá dentro
(*Haciéndole cortesías.*)
está Madama.

ALBERTO. A la orden.

(*Se entra en el cuarto de doña EUSEBIA.*)

SIMEÓN. Ya te he dicho que no quiero
que pidas aquí limosna.

TADEO. La costumbre...

SIMEÓN. Ya te entiendo.

Vete a tu cuarto.

TADEO. Ya voy;

señá María, hasta luego.

(*Vase a su cuarto.*)

MARÍA. Vaya usted con Dios. *Eternam gloriam.* Amén. Padre nuestro...

(*Sale DOMINGO con el barril*)

SIMEÓN. ¿Quién te manda sacar agua?

DOMINGO. La señora Curra.

SIMEÓN. Bueno;

si no cierro yo el aljibe,

pronto me lo dejan seco. (*Ciérralo.*)

DOMINGO. Deixe usted sacar el ajua.

SIMEÓN. Marcha a rascarte, gallego.

(*Lo echa a empujones.*)

CURRA. ¿Qué es esto? ¿Por qué motivo

no quiere usted, mi casero,

que saque el agua?

SIMEÓN. Porque

hasta el sábado no quiero

dar una gota.

CURRA. ¡Muy lindo!

¿Y doña Eusebia Cienfuegos

se la bebió ayer?

SIMEÓN. Yo mando

dentro del aljibe, y puedo

hacer un favor.

CURRA. Muchito;

como que debe usted hacerlo;

que para eso le ha dado

esa dama los desechos

del difunto Su Excelencia.

SIMEÓN. A bien que a usted no le debo

ni un alfiler.

CURRA. Si mis puertas

en verano y en invierno

siempre están de par en par...

EUSEBIA. (*Saliendo.*) Oiga usted; si yo las cierro

es porque, como soy dama,

me resguardo de los vientos.

CURRA. ¡Miren la dama, la usia;

y habrá rodado su cuerpo

- por todas cuantas cocinas
tiene España!
- EUSEBIA. ¿Cómo es eso?
¿Piensa que soy algún mueble
de los tres mil y quinientos
que habitan este corral?
- MARÍA. Hable usted con más respeto;
que vive aquí una mujer
virtuosa; y si me emperro
le he de sacudir la harina
que tiene usted en el pelo.
- EUSEBIA. ¡Miren ustedes la santa!
Pero de puertas adentro
todas son unas.
- CURRA. Se engaña,
porque unas somos jilgueros
caseritos, y otras son,
igual que usía, mochuelos,
que están de día en el nido
y de noche toman vuelo.
- EUSEBIA. ¿Cómo? ¿Piensa que una dama
empañe sin miramiento
su decoro?
- CURRA. Eso es conforme,
si está el gusto de por medio.
Todas tienen paladar,
y puede ser... ¿qué sabemos?
Pero las que tienen hambre,
como usía, no hay remedio;
el estómago vacío
hará cualquier desacierto.
- EUSEBIA. ¿Yo tengo hambre, insolente?
- CURRA. ¿Insolente yo?
- SIMEÓN. Silencio,
que todas, toditas tienen
por qué callar.
- CURRA. Eso es bueno
para usted, que con el gorro
y el fraque de bojiguero
es un solemne alcahuete
de la señora.
- BLASA. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto;
alcahuete mi marido?
- CURRA. Yo lo he dicho, y lo mantengo.
- BLASA. Calle la puerca.

CURRA. La puerca
lo será ella.

EUSEBIA. Un proceso
le he de formar.

MARÍA. En mi casa
no entran profanos...

SIMEÓN. La tengo
de poner en el Hospicio,
por zoronguera.

CURRA. ¿Qué es eso?
Vecinos; séanme testigos
que me ha llamado el casero
ramera. Voy a poner
una querrela al momento.
(*Entra corriendo en su cuarto.*)

SIMEÓN. ¡Qué embustera!

EUSEBIA. He de escribir
a mi tío el Consejero
para que me la castiguen.

(*Sale CURRA corriendo, poniéndose la mantilla*)

CURRA. Yo haré que tenga respeto
a las mujeres casadas. (*Vase.*)

SIMEÓN. Oiga usted.

BLASA. No tengas miedo.

SIMEÓN. ¿Yo miedo? Ni lo conozco;
tráeme al instante el sombrero
de tres picos y el bastón
de jurisdicción. Veremos
quién se lleva el gato al agua.
(*Entra BLASA.*)

(*Salen ALBERTO y LORA deteniéndolo*)

LORA. No salga usted, don Alberto.

ALBERTO. ¿Quién es el tuno atrevido
que agravia a usted?

SIMEÓN. Caballero;
don Simeón de las Cuevas,
como absoluto casero,
tomará las providencias
oportunas.

(*Sale BLASA con el sombrero y bastón*)

BLASA. Toma presto.

SIMEÓN. Para más autoridad
me colgaré del pescuezo

- (Se cuelga las llaves al cuello.)
la llave de la secreta,
y de la puerta; veremos
si los vecinos ahora
osan perderme el respeto.
- BLASA. Mantente firme.
- SIMEÓN. Un Norueste
no me cimbra.
- ALBERTO. Me contengo
por estar usted delante,
que si no...
- EUSEBIA. No haga usted aprecio
de gentezuela.
- ALBERTO. ¿Y qué ha sido?
- EUSEBIA. Que me ha dicho mil dicterios
la Curra.
- ALBERTO. ¡Picaronaza!
Pues como agarre al trastuelo
del marido, he de romperle
con el garrote los sesos.
- EUSEBIA. No, por Dios.
- ALBERTO. Vaya; si entrara
por la puerta...
- BLASA. Ya está bueno;
cállese usted.
- ALBERTO. ¡Si lo había
de patear contra el suelo!
- MARÍA. ¡Que llega, que llega!
(A este grito, don ALBERTO arranca
a correr y se mete en el cuarto
de doña EUSEBIA.)
- LORA. Vaya;
como lo dijo lo ha hecho.
- PEPE. (Saliendo.)
¿Qué ha habido, que el Montañés
dice que salió corriendo
mi mujer por esas calles?
- EUSEBIA. ¿Qué ha de haber? Que nos ha puesto
como unos trapos.
- PEPE. Darían
ustedes causa para ello.
- EUSEBIA. No; sino que es su mujer
una insolente.
- PEPE. Silencio;
yo no quiero platicar
con naguas. Si está allá dentro

el señor currutaquito,
que salga y platicaremos.
Verá usted cómo al instante
le hago dar sobre este dedo
más vueltas que un molinete.

SIMEÓN. Oiga usted, Pepe; callemos,
y respete usted la llave
que ha puesto en mi mano el dueño
de la casa.

PEPE. ¡Si con ella
parece usted un carcelero!

SIMEÓN. Más valiera se dejara
de chistes y contoneos,
y se supiese poner
los calzones.

PEPE. ¿Pues son éstos
algunas hojas higueras?

SIMEÓN. No, señor; no son ni aun eso,
supuesto que aguanta usted
que su compadre don Diego
se lleve a comer melones
a la Curra.

PEPE. ¿Y qué tenemos?
¿Hay en eso algo de malo?

SIMEÓN. Ya; para usted todo es bueno;
sí, señor; como ve entrar
por las mañanas al cuervo
con la despensa, discurre
que son presentes del cielo.
¡Qué maridos! Si hoy en día
son de pasta de muñecos.

PEPE. ¡Qué lengüita tiene usted,
don Simeón!

SIMEÓN. Yo la tengo
para reprender infamias.

PEPE. ¿Conque infamias?

SIMEÓN. Por supuesto

PEPE. Estoy por darle a usted un soplo
en esa cara de enfermo
agonizante.

SIMEÓN. Insolente;
ya verás si te escarmiento.
(*Entrase corriendo.*)

BLASA. Váyase usted con mil santos.

MARÍA. Por estos cuatro evangelios
se lo suplico.

PEPE. Que salga;
verán si me lo meriendo
con el casacón y el gorro.

EUSEBIA. Hijo, váyase al momento,
no busque su perdición.

PEPE. No me da gana; no quiero.
(Sale don SIMEÓN a la ventana de
su cuarto con una escopeta y
le apunta.)

SIMEÓN. Apártense, que le tiro.

MUJERES. No tire usted.

SIMEÓN. ¡Que doy fuego!

EUSEBIA. Yo me encierro en mi vivienda. (Vase.)

LORA. ¡Ay qué susto! (Vase.)

PEPE. Señor casero,
salga usted afuera.

SIMEÓN. Bergante;
como a un judío te quemó.

MARÍA. ¡Válgame San Telesforo!
(Cae desmayada.)

BLASA. No me apuntes.

PEPE. Nos veremos,
don Simeón.
(Vase por detrás de BLASA, que
siempre ha estado con los bra-
zos abiertos delante de PEPE.)

SIMEÓN. Desde aquí
le haré cara a un Regimiento.

BLASA. Abre la puerta.

SIMEÓN. ¿Se fue?

BLASA. Sí, ya se fue.

SIMEÓN. Desde lejos
desafío yo a Sansón
y a todos los filisteos. (Retírase.)

BLASA. Yo no gano para sustos;
ésta no es casa, es infierno.

El diablo me hizo casera;
¡maldito sea el empleo! (Vase a su cuarto.)

MARÍA. (Levantando la cabeza.)

¡Ah, ah, ah! Qué lindos lances
para reír, si el recuerdo
de la muerte no me aguara
continuamente el contento.
(Saca la cabeza, por la puerta del
cuarto, TADEO.)

TADEO. ¡Mariquita!

MARÍA. ¿Quién me llama?

TADEO. ¿Cuándo quieres que tratemos del casorio?

MARÍA. Ahora no es hora.

A retirarte corriendo,
que viene gente.

TADEO. En pasando

saldré entonces, y hablaremos. (*Se retira.*)

CIRILO. (*Saliendo.*) Beatita; pues está solo todo el patio, entremos dentro de mi cuarto.

MARÍA. Estoy ahora meditando en el infierno.

CIRILO. Déjese de eso, y medite en la gloria de querernos. Venga usted.

(*La agarra por la mano, y TADEO saca la cabeza.*)

TADEO. ¡Hola, qué quiere el musiquito bureo!

MARÍA. ¡Ay, que el Angel de la Guarda nos está mirando!

CIRILO. Tengo amistad con él. Si siempre le estoy haciendo gorjeos...

MARÍA. Yo quisiera..., pero como soy doncella...

CIRILO. Pensaremos en casarnos.

MARÍA. ¡Ay abate de mi alma y de mi cuerpo! Si hablara usted seriamente.

CIRILO. Pues entre usted y hablaremos.

MARÍA. Entremos. Bien sabe Dios que son buenos mis deseos.

(*Sale TADEO sin muletas, con un cuchillo en la mano que era manca, y cogiendo a don CIRILO por detrás le hiere, volviéndose a meter en su cuarto, a tiempo que LORA sale del suyo y vuelve a entrarse.*)

TADEO. Antes te sacaré el alma.

CIRILO. ¡El Santolio, que me han muerto!

LORA. ¡Ay, Dios mío! (*Vase.*)

MARÍA. Yo me escondo. (*Éntrase.*)

(Sale DON SIMEÓN con la escopeta)

SIMEÓN. ¿Quién arma estruendo?

Pero ¡qué miro! Vecinas,
salgan ustedes corriendo.

BLASA. (Saliendo.)

¿Qué es esto? Mas ¡ay, Dios mío!

¡La Justicia; presto, presto!

EUSEBIA. (Saliendo.) ¿Qué es lo que tiene, casera?

Mas ¡ay, qué horror!

CIRILO. ¡Que me muero!

TODOS. ¡A la guardia!

(Salen el CABO y DISFRAZADOS)

CABO. ¿Qué alboroto

es éste? Pero ¡qué veo!

¿Quién lo ha herido?

TODOS. No se sabe.

CABO. Retíradle a su aposento,

y busque usted a un cirujano.

(Vase un disfrazado.)

CIRILO. Señor Rondín, que me hirieron

por detrás. (Lo entran.)

CABO. ¿Nadie lo ha visto?

EUSEBIA. Yo estaba con don Alberto

en mi estrado, y sólo oí

los clamores del casero.

CABO. Vengan todos los vecinos.

BLASA. ¡Señá María! (Llamando.)

SIMEÓN. ¡Tadeo!

(Salen el DISFRAZADO y DON MARCOS, cirujano)

CIRUJANO. ¿Dónde está el herido?

CABO. Allí.

CIRUJANO. No traigo los instrumentos.

¿Hay por ahí un rascamños

o un escarbadientes? Presto;

que no tengo lezna.

CABO. ¡Cómo!

¿Con qué cura sus enfermos?

CIRUJANO. Es que aunque soy cirujano

romancista, sólo ejerzo

la medicina, por ser

más aseada.

CABO. Me alegro.

Ea, pues; ¿qué determina?

CIRUJANO. El cortaplumas...; lo tengo;
ya está todo remediado. (*Entrase.*)

MARÍA. (*Saliendo.*) Sea loado, *en tierra y cielo,*
el Señor de los señores.

(*Sale TADEO con muletas, cojo y manco*)

TADEO. ¿Hay algún cristiano pecho
que me quiera socorrer?

CABO. Digan ustedes si oyeron
voces, disputa y, en fin,
lo que sepan del suceso.

MARÍA. Yo, señor Rondín, estaba
encorvada contra el suelo
delante de un crucifijo,
pidiendo por todo el pueblo,
cuando de repente escucho
un escopetazo... Tiemblo;
me santiguo; «Ave María,
Ave María; ¿qué es esto?
Sal, Patillas, de mi cuarto.»
Lo conjuré, y al momento
volví otra vez a quedarme
en un divino embeleso.

CABO. ¿Conque escopetazo?

MARÍA. Sí.

CABO. Muy bueno, señor casero.

SIMEÓN. ¿Cómo, señor?...

BLASA. ¿Mi marido?

CABO. Tengan ustedes silencio.
Diga usted lo que supiere.

TADEO. Yo, señor Rondín, me siento
algo malo; porque, como
no están muy buenos los tiempos,
me alimento con «perdones»;
«Dios nos dé; no llevo suelto.»
Hoy, por fin, habré juntado
en ochavos un realejo;
y estando en mi covachuela
contando, sentí el estruendo
de la escopeta; mas como
de un soplo me echan al suelo,
no quiero meterme en bulla;
y así seguí disponiendo
de mi corto caudalillo:
un cuarto para pimientos,

cuatro para pan y aceite,
dos de vino, uno de queso...

CABO. Eso no es del caso ahora.
A ver; prendan al casero.

BLASA. ¿A mi marido?

SIMEÓN. Señor,
que cuanto han dicho es incierto.
¿Yo disparar? ¿Tengo, acaso,
cara de cazar conejos
racionales?

CABO. ¡Qué sé yo!
La verdad es que lo encuentro
con la escopeta en la mano.

SIMEÓN. Fue para meterle miedo
a un vecino.

CABO. ¿Y quién le manda
valerse de tales medios?

SIMEÓN. Soy el jefe de la casa.

CABO. Mas no tiene tales fueros.

SIMEÓN. ¿Cómo no? Si yo creía
que eran todos los caseros
señores de horca y cuchillo.

CABO. Pues se engañó. Venga preso.

BLASA. ¡Maldita sea la hora
en que entraste en el empleo!

SIMEÓN. Sí, Blasa; maldita sea.
Mira tú qué lindo premio,
después que por mis afanes
es esta casa un colegio,
de donde salen las novias
como el día en que nacieron.

CIRUJANO. (*Saliendo.*) Ya el caso está remediado.

CABO. ¿Pero es la herida de riesgo?

CIRUJANO. Mi pronóstico es mortal;
pues como dice Galeno
en el célebre tratado
de afeitar, *nula es redentio*.

CABO. ¿Y con qué especie de arma
lo han herido?

CIRUJANO. Según creo,
fue sin duda cuerpo duro,
capaz de romper los nervios.
La figura, en mi dictamen,
era polígona, puesto
que participa del cono,
del cilindro, del...

CABO. No entiendo esa jerga. ¿Ha sido bala?

CIRUJANO. Sí, señor, bala, en efecto. Le entró rozando la quinta costilla falsa, hasta el hueso dorsal; rechazó al instante y penetró el mesenterio; de allí, por su gravedad, cayó al intestino recto; pasó al fémur, resbalóse por la tibia, y se la dejó entre el cutis y la carne sobre el tobillo derecho.

CABO. ¿Declarará usted eso mismo por escrito?

CIRUJANO. No me atrevo; porque yo no sé escribir sino recetas. (*Hace cortesía y vase.*)

SIMEÓN. Apelo de ese informe a todo el protomedicato.

CABO. Yo no puedo resolver; allá en la cárcel apele, si quiere hacerlo.

(*Sale DON ALBERTO, sacando por fuerza a LORA*)

ALBERTO. Ven a declarar.

LORA. Señor, suélteme usted.

CABO. ¿Qué es aquello?

ALBERTO. Esta moza, que ahora mismo me dijo con gran misterio que había visto hacer la muerte.

CABO. ¿Por qué callabas?

LORA. Por miedo.

CABO. Vaya, dime cómo ha sido.

LORA. Yo sólo vi que Tadeo le hirió al cantor por detrás con un cuchillo, y corriendo se volvió a entrar en su cuarto.

CABO. ¿Éste corría?

TADEO. ¡Qué enredo!

LORA. Si no me puedo mover... Señor Rondín, yo no miento.

Corría con sus dos pies,
y no era manco.

CABO. Veremos.

(*Le empieza a registrar y desliar el brazo; un soldado, el pie.*)

Regístrele usted esa pierna.

TADEO. Si yo mismo vi el entierro
de mis miembros... Por más señas
que mi tío el rosquetero
les mandó decir tres misas,
y hubo tres días de duelo.

CABO. ¿Y este brazo ha retoñado?
(*Le desenvuelve el brazo.*)

TADEO. Usted es santo. ¡Qué portento!
¡Milagro, milagro! Sepan
que el Rondín me ha puesto bueno.

SIMEÓN. Tú lo mataste, bribón.
Señor Rondín...

CABO. Ya le entiendo;
usted se queda en su casa,
que yo al señor me lo llevo.

SIMEÓN. Preciso es que haya algún santo
que ruegue por los caseros.

MARÍA. ¡Pobrecito!

TADEO. Adiós, beatita.

MARÍA. Todos los días prometo
encomendarlo al Señor.

TADEO. No lo hagas, porque temo
que oiga el Cielo tus plegarias
y me aprieten el pescuezo. (*Se lo llevan.*)

BLASA. De lindo susto salimos.

EUSEBIA. Don Simeón, yo me alegro
que triunfase su inocencia.

SIMEÓN. No se maraville de eso,
porque los caseros tienen
tres ángeles: uno de ellos
para custodiar las llaves,
otro para defenderlos
de asesinos y borrachos,
y el otro para el gobierno
del ganado femenino.

(*Salen el JUEZ y MINISTROS, CURRA y PEPE*)

CURRA. Señor Juez, ese hombre seco
y larguirucho es el dicho.

JUEZ. Venga usted conmigo preso.

SIMEÓN. ¿Yo preso? ¿Cómo? ¡San Dimas!
¿Se ha conjurado el infierno
contra mí? Mas ¿por qué causa?

CURRA. Vaya por mi cuenta y riesgo,
que después lo probaré.

JUEZ. Está bien; venga al momento.

BLASA. ¡Ay, Simeón de mi vida!

SIMEÓN. Mas ¿no sabremos qué es esto?
¿Hay acaso algún Herodes
que degüelle los caseros?

JUEZ. Va preso por malhablado.

SIMEÓN. ¿Yo malhablado? Es incierto;
en esta casa no hay nadie
más cortés ni más discreto;
y si alguna vez les digo
desvergüenzas, las floreo
de modo que las aplauden
y no forman sentimiento.

JUEZ. La señora lo ha formado.

SIMEÓN. No la he tocado un cabello.
Aquí prometo probarlo.

CURRA. Señor, por mi cuenta y riesgo.

JUEZ. Cállese usted. ¿De qué modo
lo probará?

SIMEÓN. Todos éstos
son otros tantos testigos
que aquí mismo le presento.

JUEZ. Está muy bien. Señorita (A EUSEBIA.)
sírvasse usted de exponernos
lo que hubo aquí.

EUSEBIA. Sepa usted
que soy doña Eusebia Cueto,
hija de don Pedro Juan,
comendador de Mochuelos,
barón de Culanchigordo
y señor de los Cangrejos.

JUEZ. Sea para bien.

EUSEBIA. Esa bestia...

CURRA. Por mayor la reverencio.

JUEZ. Tengan más modo.

EUSEBIA. ... recibe
en su casa un chuchumeco,
al cual le llama compadre
y será...

CURRA. Cuenta con eso;

no me obligue usted a decirle
que el señor es su cortejo.

ALBERTO. Miente usted.

PEPE. Si no estuviera
aquí el señor, ahora mismo
le tomaba el molde
del hocico.

JUEZ. ¿Cómo es esto?

EUSEBIA. Me querello de este agravio.

PEPE. Y yo también me querello,
que aunque Curra no sea santa,
no me gusta a mí saberlo.

JUEZ. Eso no es del caso ahora;
yo sólo saber deseo
lo que le dijo este hombre
a esa mujer.

EUSEBIA. No me acuerdo.

SIMEÓN. Eso prueba mi inocencia.

CURRA. Señor Juez, tienen comercio:
ella lo regala, y él
la tapa.

SIMEÓN. ¿Lo hará usted bueno?

CURRA. Sí lo haré.

SIMEÓN. Pronto.

CURRA. Al instante.

JUEZ. Señores, tengan silencio.
Usted dirá lo que ha sido;
pues según muestra el aspecto
parece mujer juiciosa.

MARÍA. Mucho trabajo por serlo;
pero esta maldita carne,
por más que la atenaceo,
siempre está tiesa que tiesa.

JUEZ. Somos débiles. Al hecho.

MARÍA. La señora y el señor
se han dicho tantos excesos,
que no es posible acordarme.
Ya se ve; tengo en el cielo
mis sentidos y potencias,
y a lo que pasa no atiendo.
Sin embargo, me parece
que lo que más sentimiento
le dio a la señora fue
que la llamara el casero
churrulera.

BLASA. No hay tal cosa.

CURRA. Fue mucho peor.

LORA. No es eso; si le dijo zoronguera...

SIMEÓN. Mucho; me mantengo en ello, pues desde que Dios arroja sus luces, se arma el jaleo; se araña la guitarrilla, comienza el repiqueteo de los palillos y sale a todo trapo ese cuerpo dando continuos balances, levantando y sumergiendo toda la popa, de modo que para tener los huesos tan süaves es preciso que se los unte con sebo.

CURRA. ¡Qué tonto es don Simeón! Señor, por mi cuenta y riesgo.

JUEZ. La cuenta que yo he sacado es que todo es un efecto de la mala educación de este país, donde vemos perecer entre resabios los más felices talentos. Enmiende, pues, su conducta; (A CURRA.) y usted advierta que si vuelvo (A SIMEÓN.) a recibir otra queja lo meteré en un encierro.

SIMEÓN. Seguro está; en este instante prometo entregar al dueño de la casa la gran llave de la puerta, porque temo que venga la Inquisición a prenderme por hebreo.

BLASA. No más casera.

CURRA. Pues yo he de tomar el empleo por rifar con doña Eusebia.

EUSEBIA. Yo me mudaré al momento, pues en la casa de Pinto ya tengo alquilado el cuerpo principal.

MARÍA. María; vamos a visitar a este enfermo, pues nos lo mandan las obras de misericordia.

SIMEÓN.

¡Fuego

en el oficio! Mañana,
con mi carpeta y tintero,
me colocaré a la sombra
de Cabildo, en cuyo puesto
manejaré mil embrollos
que me produzcan dinero.
Y aquí da fin el sainete;
perdonad sus muchos yerros.

Todos.

TIBURCIO.

CISNEROS.

IBÁÑEZ.

VALDIVIA.

VICENTA.

(Salón. Sale Tiburcio con el peinador puesto, y un espejo en la mano)

TIBURCIO. El diablo del peluquero
ha tardado una hora larga
en peinarme. ¡Qué brutazo!
(La orquesta hace como que templa.)
Mas la orquesta... ¡Virgen santa!,
y yo no tengo espada
para salir. ¡Oh, qué rabia!
¡Cisneros!

CISNEROS. (Saliendo.) ¿Qué quieres, hombre?

TIBURCIO. préstame, por Dios, tu espada.

CISNEROS. Y yo ¿qué me he de poner?

TIBURCIO. Fidela o Flores prestada;
pues a bien que no haces Rey
ni persona de importancia.

CISNEROS. Hijo mío: yo a nadie
quero prestar mis alhajas.

ORTEGA. (Saliendo.) Señor Tiburcio, ¿es posible
que se ha de vestir la dama
primero que usted? ¿No mira
qué ya templan?

TIBURCIO. Si me falta
un espada...

ORTEGA. ¿Y el de usted?

TIBURCIO. Se la ha perdido la vaina.

ORTEGA. Usted es un descuidado.

TIBURCIO. ¿Y quién lo meto a usted en danza?

ORTEGA. Me meto porque yo soy
el sotsutor; y mañana
he de hacer que le corten
el diario.